

ADÉLIA PRADO

LO SAGRADO ENCANTA A LO COTIDIANO LINA DE ALBUQUERQUE Y REYNALDO DAMAZIO

La inspiración es maleducada. Entra y sale cuando así lo decide. Desaparece durante algunos meses, pero cuando surge, de repente, altera lo cotidiano y atiza el alma. En una casa sencilla, en la tranquila Divinópolis, con poco más de 100 mil habitantes, cerca de Belo Horizonte, Minas Gerais, nació y todavía vive Adélia Prado, una de las más expresivas personalidades de la poesía brasileña. En ese escenario bucólico, en el que se oye el ruido del tren a lo lejos y de las ruedas de las carrozas en los empedrados, Adélia escribió cinco libros de poesía: *Bagagem*, *O Coração Disparado*, *Terra de Santa Cruz*, *O Pelicano*, *A Faca no Peito*, y tres de prosa: *Solte os Cachorros*, *Cacos Para um Vitral*, *Os Componentes da Banda*, además de la reciente novela, *O Homem da Mão Seca*.

Los innumerables bloquitos de papel distribuidos providencialmente por todos los rincones - living, cocina, dormitorio - dan cuenta de registrar las palabras sopladadas por el "espíritu santo", como ella se refiere a su estro. Dócil, la poetisa conoce y respeta la inutilidad de cualquier esfuerzo cuando los voluntariosos ángeles de la inspiración se obstinan en abandonar la guardia. "Para decir la verdad,

creo que todo lo que es exageradamente esforzado se vuelve percutido", revela con naturalidad. Y alarga el comentario: "Escribir sin estar inspirada es como comer palta sin azúcar".

Como tantas otras intelectuales, Adélia llegó tardíamente al circuito literario, al publicar su primer libro a los 40 años, cuando era una simple ama de casa. Y aun así, sólo lo hizo después que el poeta Carlos Drummond de Andrade y la escritora Clarice Lispector confirmaron la calidad y el vigor de sus versos.

El trabajo continuado con la palabra nunca resultó gran cosa en la vida de Adélia Prado. Antes de volverse respetada escritora ya era casada con un funcionario del Banco de Brasil, madre de cinco hijos, profesora de religión, filosofía y educación moral y cívica. Le agregó a esas actividades interdisciplinarias la de escritora, lista a registrar todo lo que se le ocurra, a cualquier momento. Si está inspirada, abandona todo. Interrumpe la lectura de un libro, abandona ollas en la cocina, salta de la cama de madrugada para empezar a escribir con la velocidad de quien psicografía.

Eso fue lo que ocurrió con *Bagagem*, el libro de estreno, lanzado en 1976, "escrito de una sola vez", como dice ella. Sin embargo, antes de atreverse a publicarlo sintió la nece-

*Si está inspirada,
abandona todo, interrumpe
la lectura de un libro,
abandona ollas en la
cocina, salta de la cama de
madrugada para empezar a
escribir con la velocidad
de quien psicografía*



“Todo el mundo tiene un estilo propio, menos Dios, que es despersonalizado. El estilo es el límite”.

sidad de confirmar la sospechosa indagación: “¿Lo que escribo es literatura o no?” A pesar de la duda, fue osada. Le envió algunos versos a la escritora Clarice Lispector y recibió una promesa espontánea: “Le voy a conseguir un editor”. Adélia no consideró aquella sugerencia como un compromiso, sino como un aliento, en realidad quizás el más grande de su vida. Tuvo el coraje de presentarse también al escritor Carlos Drummond de Andrade, al que después le pondría el apodo de “amigo Charles”.

Entre la pila de poemas que le envió al poeta, incluyó *Com licença poética*, en el que parodiaba al escritor de Itabira: “*Cuando nació un ángel esbelto, / de ésos que tocan trompeta, anunció: / va a llevar una bandera. / (...) Va a ser cojo en la vida es maldición para hombre. / Mujer es desdoblable. Yo soy.*” El poeta tocó su trompeta y derrumbó los muros de Jericó. En el *Jornal do Brasil* contó que había una poetisa en el centro-oeste de Minas Gerais y que el País no lo sabía. El mismo año, Adélia revió Rio de Janeiro - donde había estado por última vez hacía 23 años - , para lanzar *Bagagem*. El día del lanzamiento, Clarice Lispector fue a conocer personalmente a la que ya conocía a través de los poemas enviados por el correo. “Me marcó aquella expresión de Clarice, como que escudriñándonos”.

Rápidamente vino el reconocimiento de la crítica. Se sucedieron nuevos libros, aun antes de que Adélia se sintiera segura respecto a su estilo. Hasta encontrar una dicción propia, creía que su forma de escribir era “robada” de otros autores, de los cuales se impregnaba en determinados periodos. Felizmente se dio cuenta de que estaba equivocada. “Todo el mundo tiene un estilo propio, menos Dios, que es despersonalizado. El estilo es el límite”. Y cuando se le pregunta sobre el origen de esa marca personal, contesta sin vacilar: “Viene del Espíritu Santo”. La respuesta es modesta. Más que eso, al conciliar técnicamente el universo femenino con la reflexión metafísica, Adélia trae a la literatura brasileña una expresión diferenciada, que rompe con los cánones ya consolidados en la poesía de contenido religioso en otros poetas.

La fuerza de las imágenes y la intensidad discursiva de su poesía piden la transposición para el teatro, vocación que Adélia ejerció en la adolescencia, cuando participó de un grupo de teatro amateur. Desde 1989 la actriz Fernanda Montenegro, considerada la “gran dama” del teatro brasileño, viene presentando la obra *Dona Doida*, armada a partir de versos

de Adélia Prado y que viaja por todo el País. Sin embargo, el éxito que ha logrado nunca garantizó el sustento de la poetisa, un destino que muchos escritores también sufren. El dinero que llega a su casa proviene de la jubilación del marido. ¡Qué Dios lo bendiga! Hace que pueda vivir con dignidad. Recientemente, nuevos textos de Adélia Prado han llegado al escenario, bajo la dirección y con el guión de Vânia Terra, en el espectáculo *Endeche das três irmãs*.

En su modesto día a día, de alguien que concilia sabiamente la cocina de Minas Gerais con la lectura de Carl G. Jung, Adélia no hace planes para ingresar a la Academia Brasileña de Letras. En su cotidiano hay lugar para almuerzos en familia, largas caminatas y misas a los domingos. Televisión, ahora muy poco. Hace algunos años, Adélia cambió el hábito de ver telenovelas por películas en el videocasete - una de las últimas que vio fue *Retorno para Howards End*, con Emma Thompson y Vanessa Redgrave. En el tocadiscos, Mozart, Caetano Veloso, Djavan, Chico Buarque y mucha música barroca.

Adélia descansa caminando. Suele ir a pie con el marido hasta las casas de los familiares y al único de los cuatro cines que ha quedado en Divinópolis. Cocina diariamente - “y bien”, lo subraya. *Hago la comida y como. / Los domingos golpeo con el hueso en el plato para llamar al perro*, escribió en el libro de estreno.

El vínculo con la religión fue siempre muy fuerte y ello influyó en su obra. (...) *porque todo lo que invento ya se dijo / en los dos grandes libros que leí: las escrituras de Dios / las escrituras de Juan / Todo es Biblia / Todo es Gran Sertão*”, registró en el poema *A invenção de um modo*.

Cuando todavía era adolescente, Adélia empezó a enseñar el catecismo. A pesar de sus 13 años, era bastante doctrinaria, pero en la edad madura, cuando volvió a impartir clases de educación religiosa, su discurso ya había cambiado bastante. En la década de los 70, la filosofía y la psicología se fueron incorporando a su religiosidad. La más radical transformación en su pensamiento sucedió a través del descubrimiento de Carl Jung, que la hizo rever todo, desde la religión hasta la poesía. “Jung dice en lenguaje científico lo mismo que los evangelios vienen diciendo hace dos mil años”. Del psiquiatra suizo Adélia confiesa que sólo no leyó lo que él no escribió.

Durante cerca de diez años, la poetisa fue profesora de “todas las asignaturas que todo el mundo odia y para las cuales se llama a los

profesores menos preparados." Eso sucedió hasta que se dio cuenta de que podría dejar de dar clases sin sentirse culpable. "Abandoné el empleo antes de la jubilación". Uno de los pasajes que más marcó su vida como profesora fue una clase de educación religiosa en la que explicó que el hombre descende del mono: "Dios es creador y sobretodo creativo. Toda creación es evolutiva; así, el hecho de que el hombre descienda del mono no le quita a Dios la condición de creador", defendió. Pero tal afirmación no fue del agrado del profesor de biología, que la rechazó. De todos modos, Adélia Prado se puede enorgullecer por haber introducido en el curso de religión, además de algunas reflexiones más amplias sobre los orígenes del hombre, la lectura de los poetas Murilo Mendes e Jorge de Lima. En uno de sus poemas, Adelia afirma: "Iglesia es el mejor lugar/ Allá el ganado de Dios se detiene para beber agua,/ rozan los cuernos los unos a los otros/ y esparce sus olores/ que yo reconozco y me gustan,/ como si fuera un perro".

Hija de ferroviario, en una familia con otros siete hermanos, en la adolescencia Adélia Prado leía a autores parnasianos y solía escribir versos con rima. Todavía no había descubierto a Clarice Lispector, a Guimarães Rosa y a Manuel Bandeira, autores en los que inspiraría su obra. La prosa de Adélia Prado sufre gran influencia del tono intimista y confesional de Clarice Lispector. En su más reciente novela, *O Homem da Mão Seca*, hay fuertes ecos de la narrativa *Água Viva*, de Lispector. Fragmentos de lo cotidiano, múltiples voces que se entrecruzan en el flujo continuado, crisis existenciales y religiosas. En Adélia, la angustia religiosa se dispersa en las pequeñeces del día a día: la protagonista Antonia sufre de un serio problema en una muela y a partir de tal hecho sencillo y prosaico, teje reflexiones sobre Dios y la fe. El miedo al dentista se transforma en un desafío místico, en un ritual de pasaje. Así es la obra de Adélia Prado, lo sagrado encanta a lo cotidiano, cada detalle de la vida se encuentra impregnado por los misterios de la fe. "La salvación no viene de la teología, sino de la mística. La teología es un pensamiento sobre lo sagrado y la mística es la vivencia de lo sagrado - un lugar en el que cesa toda la palabra", concluye la poetisa con extremada serenidad.

Con singular personalidad, Adélia Prado no sólo ha trascendido los límites personales impuestos por el universo interiorano, sino que también se ha vuelto punto de referencia de la literatura brasileña contemporánea.

TEMPO

*A mim que desde a infância venho vindo
como se o meu destino/fosse o exato destino de uma estrela/
apelam incríveis coisas:
pintar as unhas, descobrir a nuca,
pisar os olhos, beber.
Tomo o nome de Deus num vão.
Descobri que a seu tempo/vão me chorar e esquecer/
Vinte anos mais vinte é o que tenbo,
mulher ocidental que se fosse homem
amaria chamar-se Eliud Jonathán.
Neste exato momento do dia vinte de julho
de mil novecentos e setenta e seis,
o céu é bruma, está frio, estou feia,
acabo de receber um beijo pelo correio.
Quarenta anos: não quero faca nem queijo.
Quero fome.*

SEDUÇÃO

*A poesia me pega com sua roda dentada,
me força a escutar imóvel
o seu discurso esdrúxulo.
Me abraça detrás do muro, levanta
a saia pra eu ver, amorosa e doída.
Acontece a má coisa, eu lhe digo,/também sou filho de Deus,
me deixa desesperar.
Ela responde passando
língua quente em meu pescoço,
fala pau pra me acalmar,
fala pedra, geometria,/se descuida e fica meiga,
aproveito pra me safar.
Eu corro ela corre mais,
eu grito ela grita mais,
sete demônios mais forte.
Me pega a ponta do pé
e vem até na cabeça,/fazendo sulcos profundos/
É de ferro a roda dentada dela.*

CASAMENTO

*Há mulheres que dizem:
Meu marido, se quiser pescar, pesque,
mas que limpe os peixes.
Eu não. A qualquer hora da noite me levanto,
ajudo a escamar, abrir, retalhar e salgar.
É tão bom, só a gente sozinhos na cozinha,
de vez em quando os cotovelos se esbarram,
ele fala coisas como 'este foi difícil'
'prateou no ar dando rabanadas'
e faz o gesto com a mão.
O silêncio de quando nos vimos a primeira vez
atravessa a cozinha como um rio profundo.
Por fim, os peixes na travessa,
vamos dormir.
Coisas prateadas espocam:
somos noivo e noiva.*